

La revolución que dirigió Bolívar

Deia, 1983-07-24.

Todo proceso revolucionario tiene su punto de partida propio, su peculiar proceso de madurez y su culminación individual; quisiera señalar algunas de estas situaciones en el proceso que dirigió Simón Bolívar.

A fines del siglo XVIII se produjo la revolución de la Independencia de las colonias inglesas en América del Norte (1775-1781), que a veces nos olvidamos que constituyó la primera victoria de una colonia sobre su metrópoli, y también la Revolución Francesa (1789-1795); de las dos se nutrió la que estalló en las colonias españolas en América del Sur (1810-1825) con el afán de establecer una sociedad libre de las lacras propias del coloniaje, y basadas en principios republicanos.

Las circunstancias de la decadencia de la monarquía española ofreció la oportunidad histórica de un Carlos IV al que le faltaba valor para negarse a ir por su propio pie, mansamente, a arrodillarse ante Napoleón en Bayona, camino del exilio (1808).

El factor que me llama la atención de este proceso es el *carácter del descontento* de las colonias españolas.

Es Salcedo-Bastardo quien sitúa al joven Bolívar de 27 años en un contexto desnudo de demagogias. Simón Bolívar no es un revolucionario empujado por la pobreza o la desesperación, sino un *mantuano* , un miembro de la burguesía colonial que tropieza una y otra vez con la penosa desconfianza del pueblo llano hacia los "presumidos oligarcas" entre los que está incluido, y les asusta la Independencia por lo que supone de ruptura con la tradicional sumisión a una monarquía que sabe poco a ese cielo de incienso a que reduce su techo el pueblo a menudo, porque anda esta monarquía de la mano con una Iglesia que ya está anunciando catástrofes mediante advertencias desde el púlpito y de más cerca contra los "rebeldes" que están atentando contra la autoridad de origen divino. Para cuando llega el 19 de abril de 1810 se ha tenido ya en cuenta incluir en el Cabildo de Caracas gentes de diverso origen que permiten decir que está integrado por todas las clases sociales.

Hay que partir de esta realidad para comprender el fenómeno particular de la gesta bolivariana.

De este 1810 en que aparece la revolución tienen que pasar largos y terribles años de guerra a muerte para que Bolívar pueda decir en 1825: "en 15 años de una lucha de gigantes hemos derrotado el edificio de la tiranía formada tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia".

Pero no era éste todo su sueño político.

Para Bolívar no constituye la Independencia más que un paso para buscar la Confederación de los pueblos de América, a la manera, en que sí ha conseguido unirse en los Estados Unidos. Pero si no se ha podido repetir la experiencia no es por culpa de

Bolívar, quien ha dejado su salud, su fortuna, su inmenso talento, regado por toda la geografía americana que ha andado paso a paso, sino de la España colonial que no fue capaz de generosidad bastante para crear en América instituciones propias, la estructura que hubiera permitido a los pueblos liberados andar luego por su cuenta.

El torpe centralismo hace que, como dijo recientemente Uslar Pietri en una entrevista en *El País*, en lugar de lo que ocurrió en Estados Unidos, donde después de la independencia todo sigue como antes, *excepto la dependencia* (porque las instituciones internas funcionaron *sin ella*, han aprendido a andar solas), la América latina, sin formas representativas, después de la independencia hubo de improvisarlo todo, "porque el régimen colonial no podía continuarse sin la Corona, sin la estructura del Imperio español".

La culpa de este fracaso no es, pues, achacable a Bolívar, sino al centralismo ramplón y estéril de España.

Desgraciadamente, éste sigue vivo a la manera española de "todo está atado y bien atado"; y con el mismo fracaso repetido del *integrismo jacobino* que parece que no puede darse y se da, hay resultados.